

y allí pariera un hijo, — que es lástima de mirar  
la pobreza en que se hallan, — sin poderse remediar.  
El conde cuando vió al hijo — comenzóse de esforzar;  
con el sayo que traía — al niño fue a cobijar;  
también se quitó la capa — por a la madre abrigar;  
la condesa tomó el niño — para darle de mamar.  
El conde estaba pensando — que remedio le buscar,  
que pan ni vino no tienen — ni cosa con que pasar.  
La condesa con el parto — no se puede levantar;  
Tomóla el conde en los brazos — sin ella al niño dejar,  
súbelos a una alta sierra — para más lejos mirar.  
En unas breñas muy hondas — grande humo vió estar,  
tomó su mujer e hijo, — para allá los fue a llevar,  
entrando por la espesura — luego al encuentro le sale  
un virtuoso ermitaño — de reverencia muy grande;  
el ermitaño que los vido — comenzóles a hablar:  
— ¡ Oh, válgame Dios del cielo! — ¿ Quién aquí os fue a aportar?  
Porque en tierra tan extraña — gente no suele habitar,  
sino yo que por penitencia — hago vida en este valle.  
El conde le respondía, — con angustia y con pesar:  
— Por Dios te ruego, ermitaño, — que uses de caridad,  
que después habremos tiempo — de cómo vengo, a contar,  
más para esta triste dueña — dame que le pueda dar,  
que tres días con sus noches — ha que no ha comido pan,  
que lla en ese fuente fría — el parto le fue a tomar.  
El ermitaño que esto oyera, — movido de gran piedad,  
llevóles para la ermita — do él solía habitar.  
Dióles del pan que tenía, — y agua, que vino no hay;  
recobró algo la condesa — de su flaqueza muy grande.  
Allí le rogó el conde — quiera al niño bautizar.  
— Pláceme, dijo, de grado, — ¿ mas cómo le llamarán?  
— Como quisieredes, Padre — el nombre le podéis dar.  
— Pues nacie en ásperos montes — Montesinos le dirán.  
Pasando y viniendo días, — todos vida santa hacen;  
bien pasaron quince años — que el conde de allí no parte.  
Mucho trabajó el buen conde — en haberle de enseñar,  
a su hijo Montesinos — todo el arte militar,  
la vida de caballero — cómo la había de usar  
cómo ha de jugar las armas — y qué honra ha de ganar,  
cómo vengará el enojo — que al padre fueron a dar.  
Muestrale en leer y escribir — lo que le puede enseñar,  
muestrale jugar a tablas, — y cebar un gavilán.  
A veinticuatro de junio — día era de San Juan,  
padre e hijo paseando — de la ermita se van;  
encima de una alta sierra — se suben a razonar.  
Cuando el conde alto se vido — vido a París, la ciudad.  
Tomó al hijo por la mano, — comenzóle a hablar,  
con lágrimas y sollozos — no deja de suspirar.